

RAMON J. VELASQUEZ

Tema: "La obra histórica de Caracciolo Parra Pérez".

1º de diciembre de 1971

Señor Director,

Señores Académicos:

Porque hay normas de preceptiva que establecen cómo han de comenzar las oraciones, evito iniciar ésta con una declaración enfática. Interpreto que la generosidad de vosotros al elegirme para ocupar el sillón que dejó vacante Caracciolo Parra Pérez no se debió a la obra escrita, sino a mi empeño en dar a conocer el pensamiento venezolano del pasado siglo en cuanto tiene de permanente.

La investigación de los orígenes y desarrollo de las ideas políticas en el país no fue tema que centró la atención de nuestros grandes historiadores, comúnmente deslumbrados con el relampagueo de la epopeya libertadora o las tormentas sociales que desataron las condiciones ambientales por obra de los caudillos. Aquella tarea elemental se emprendió tardíamente, con unos pocos materiales.

Historiar las ideas políticas es llevar a cabo el examen del desarrollo social. Las instituciones y valores que conforman dejan ver las pugnas que se sostuvieron para alcanzar un poco más de justicia. En nuestro caso, el análisis de las ideas políticas tiene extraordinaria importancia, pues las motivaciones filosóficas que las determinan han servido a manera de estandartes de lucha en el acontecer nacional.

Las aventuras de los conceptos, luego que salen de la mente de los ideólogos y se echan a caminar, son decisivas para explicarnos nuestro discurrir. He procurado atender en lo posible este campo especulativo por considerar que sin una exploración a fondo de la cuestión quedan trancos nuestros anales. Frutos de ese empeño, algunas colecciones de obras en cuya edición intervine. Y guiado por el propósito expuesto he buscado explicaciones a circunstancias o coyunturas históricas que sólo podríamos entender analizando las ideas que sirvieron de valoración de bandera.

Pero no solamente es importante el planteamiento de la trayectoria que sigue el pensamiento político. La Historia, que es como un y el evento de valores inmenso

edificio, necesita materiales para su construcción. Estos materiales son los documentos que consolidan la obra, así como la correcta interpretación de los mismos. Creo que la publicación de los documentos que se conservan en los archivos públicos o privados es un aporte esencial. Entre nosotros, los archivos cuyos fondos se han venido dando a conocer, fueron escasos y se referían, en lo principal, a etapas ya superadas, correspondientes al período colonial o al de la independencia. Recientemente se ha abierto camino la tendencia a publicar materiales archivísticos más o menos contemporáneos, lo cual ha permitido ya corregir ciertas visiones erradas sobre determinados aspectos.

Bien sea a través del estudio del pensamiento político, bien mediante el conocimiento de un mayor volumen de materiales archivísticos, ya con el análisis del proceso económico y social, todas estas indagaciones facilitan una mejor comprensión de nuestro pasado. Así vemos los planteamientos que se hicieron entonces, las polémicas que se sucedieron por esos planteamientos, las rebeliones que se presentaron y los fracasos o aciertos a que dieron lugar las soluciones que se arbitraron.

Descansando en vuestra indulgencia vengo a incorporarme a este Cuerpo por haberme escogido os expreso mi agradecimiento.

Ha sido costumbre de esta Casa que el beneficiario del galardón que discernís divida su oración en dos estancias: la una dedicada a la memoria del académico extinto; la otra, consistente en la tesis que el electo se propone desarrollar. Pero yo he querido dedicar la totalidad de estas páginas a señalar el valor singular de la obra histórica de Caracciolo Parra Pérez. Porque actuó como hombre público, la vida de mi antecesor es bien conocida; no así su obra, ciertamente monumental por la calidad de los temas y al *alteza* con que los trató.

La obra de Parra Pérez lograda íntegramente fuera del país es también íntegramente venezolana. No hay una sola línea de su inmensa labor intelectual que no se refiera a la patria y su destino. No dejó el país porque causas políticas lo obligaran, sino acicateado desde su adolescencia por el deseo de redondear una obra que en la pobre y destruida Venezuela de sus mocedades no podía realizarse por falta de medios y ambiente. Don Tulio Febres Cordero le acudía con su

ejemplo. Los Anales de la noble villa merideña, revisando los maltratados archivos locales, era cuanto se podía llevar a cabo en aquel tiempo y en aquel medio.

No quiso elaborar una historia aldeana, para consumo interno. Y escribió en función de patria, encontrándole a nuestro desarrollo político y social las indiscutibles vinculaciones universales que antes no destacaron nuestros investigadores.

Se propuso examinar muchos conceptos tradicionales tenidos como verdades reveladas en nuestro discurrir histórico y quiso ser el iniciador de una revisión que estableciera un criterio general adecuado sobre los hombres y eventos de la época. Alegaba como méritos de su obra la veracidad y la objetividad. Abrigaba sentimientos de admiración y respeto por Baralt, Arcaya, Gil Fortoul, pero advertía que los instrumentos que él utilizaba, la aportación en los últimos años de documentos complementarios, las facilidades obtenidas ahora para consultar los archivos de Washington, Londres, Madrid, Roma y París y hasta la aplicación de ciertos modos críticos quizá discutibles, pero en todo caso de reciente boga, le permitían intentar el levantamiento de un nuevo inventario del legado histórico nacional.

Esa tarea la realiza a través de todos sus libros, pero especialmente en su monumental obra sobre Santiago Marino. El héroe oriental es en esta empresa "el manubrio" para intentar la gran revisión. Advierte que nunca se propuso "escribir la biografía del general Marino, obra que podría lograrse en no más de trescientas páginas". Fue su designio "colocar al personaje en un proscenio favorable a la estimación de los sucesos en que estuvo envuelto". En el prólogo del sexto volumen de la obra afirma: "Hemos pintado su retrato, pero cuidando sobre todo y muy particularmente del fondo de la tela, esto es, la historia general, a la cual pretendemos dar algunos retoques".

Afirmó en repetidas oportunidades que el análisis de los hechos de la historia patria no había sido totalmente realizado y que era indispensable completarlo en la medida de lo asequible si quisieran lograrse síntesis valederas.

Sin presumir de brillante, ni de profundo, quiso hacer una nueva presentación de los hechos, enderezando muchas veces la versión hasta ahora admitida y su

explicación más o menos vigente. No temió ser minucioso. El que narra y explica, afirma, se arriesga a ser prolijo.

Para ubicar la obra de Parra Pérez es necesario hacer un recuento de la actividad nacional en este campo. Como él lo afirmara, carecemos de una visión histórica completa del país, porque no son para considerarlas como tales las ofrecidas en los manuales, así los amparen nombres preclaros en nuestra literatura. Hay muchos que ofrecen una historia acomodada a las exigencias del tiempo o del vaivén político.

Nuestros grandes historiadores nos dieron jirones de historia, una historia fragmentaria y no sistemática. Traigamos a cuento los nombres de O'Leary, Baralt, Gil Fortoul, Alvarado, Picón Salas o Francisco González Guíñan. El primero de los nombrados se ocupa de la acción y del pensamiento de un hombre; para el segundo, lo prehispánico no existe y apenas si roza aspectos de lo colonial; en la obra del tercero asombran sus intuiciones ante el poco material documental que utilizó y, como los anteriores, enfoca determinados aspectos y situaciones; iguales reparos cabría formular a la obra de Lisandro Alvarado; Picón Salas trata preferentemente lo cultural; en cuanto a González Guíñan, se limita a redactar una rica crónica inmensa que *abarca* casi medio siglo de vida republicana. Parra Pérez se propuso realizar una obra sistemática que abarcara el proceso nacional dentro de los términos que expuso en 1943. Oigámosles:

"En los momentos que nos dejara libre el desempeño de los cargos y misiones diplomáticas que nos ha confiado el gobierno, hicimos de la afición a la historia nuestro violín de Ingres. Y nos interesó especialmente la conexión existente entre la particular de Venezuela y la general de Europa y su civilización, a la cual debe su existencia el país. De allí la curiosidad con que hemos hurgado, hasta donde nos ha sido posible, los anales de la colonia y examinado muchos papeles europeos referentes al movimiento de la independencia iberoamericana. El fruto de tales ocios se halla en varios libros, cuya documentación habríamos ofrecido más completa de habernos sido dable trabajar sin premura y en archivos y bibliotecas especiales: es el caso "El régimen español en Venezuela" y de

la "Historia de la primera república". Creemos, sin embargo, que en ambas obras logramos nuestro propósito. El *régimen español* debía, según nuestra primitiva intención, servir de prólogo a la *Historia de la primera república...*”

El objetivo que perseguía era claro. Sus trabajos estaban encadenados los unos a los otros. Pero, no consideró como parte de esa historia general ni el nebuloso período prehispánico, ni la actividad un poco caballescaca de los conquistadores, sembrando pueblos cuando hacían noche en la jornada. Comienza su aventura narrativa al considerar que el poblador, el colono, afincado a la tierra, ha estructurado la comunidad sobre bases firmes, Bolívar apuntaba que si constituíamos una sociedad relativamente nueva en cuanto a la posesión del suelo, constituíamos al mismo tiempo una sociedad ya vieja en los usos de la vida civil.

Y esta es la sociedad de la cual va a ocuparse Parra Pérez. No le seguirá los pasos, con Vallenilla Lanz o Arcaya, ayudado de la Sociología, ni como Irazábal la mirará únicamente desde un ángulo económico, ni verá tampoco en el proceso que sigue, como Juan Vicente González, un engallamiento de pasiones. Buscará, en medio de las pugnas, el fluir de las ideas y las actitudes colectivas o singulares que alumbran el escenario.

En cumplimiento de aquellos propósitos iniciales Parra Pérez lleva a cabo obra de incalculables proporciones. No hay hipérbole al estampar la frase. Si se revisa su tarea se halla que los términos empleados son cabales. La leí en tiempos de angustia, como dice el Predicador. Y en aula para adultos descontentos donde toda incomodidad tiene su asiento la discutimos y analizamos. Es familiar para mí la empresa del narrador. Y admiro cada vez más la tarea que emprendió y la claridad que le imprimió a la redacción. Lastimosamente el hilo de la vida se rompe inesperadamente y los empeños no llegan a la cima. Así ocurrió con Parra Pérez. Pasajeros somos sobre la tierra; a veces el viento borra las huellas del camino y ahí quedamos, sin concluir el viaje, sin arribar a nuestro destino.

El país está en deuda moral con Parra Pérez no sólo por su obra; lo está por la voluntad que puso en dar a conocer en otras tierras la nuestra y sus personajes representativos; por haber señalado los términos en que se desarrollaron algunos

procesos; por su acendrado civismo al enfocar el pasado; por haber rescatado verdaderos tesoros documentales, como el extraordinario archivo mirandino. Obvio resulta el que no sean aceptables todos sus planteamientos. El tiempo y otros documentos contribuyen a rectificar visiones incompletas; pero, en general, la construcción que él edificó permanece y es posible acercarse a ella y exponer los personales reparos.

Por la tierra ancha, desde los manantiales en las altas cumbres, corren los ríos que van a parar al Orinoco y lo hacen grande y terrible a la vez cuando embisten sus "cabezadas". Cada hilo de agua, cada vena corriendo hacia la entrega y todas juntas para integrar la inmensa corriente con ondas casi marinas que modela la brisa oceánica o levanta el "barinés", son como figuraciones de nuestros pueblos, animados de un idéntico destino y con la misma consigna de hacer grande el nombre de la patria. Esas venas, esos hilos, los fue organizando Parra Pérez y compuso con el material antes disperso su magnífica narración.

No hay leyendas en esta llana historia, ni satisface con ella complacencias de grupos, ni embarniza lo roído para regusto de tontas vanidades. Es la historia llana de una comunidad que unió los hilos de su discurrir para que un artista, en el silencio de su sala de trabajo, urdiese con hebras de distintos matices la espléndida tela que nos dejó. Hoy como ayer veo en esas páginas minuciosas el cuento hermoso que nuestro pueblo fue tejiendo a la sombra augusta de los samanes, por entre veredas que cobijan guamales o bucares, siguiendo el curso de sus ríos, por áridos peladeros, remontando inhóspitos páramos, rota la tela, en ocasiones, con los tajos de los barrancos o las destruidas huertas donde junto a los sembrados en otro tiempo se alzaron caseríos.

Mérida letrada

Ya en tiempos coloniales en Mérida existían colegios, seminarios y bibliotecas. Letrados y clérigos sostenían polémicas sobre fueros y diezmos. La música y la poesía formaban parte del tesoro cultural de la ciudad.¹

En ella establecieron los jesuitas, en 1627, un famoso colegio que rindió

¹ Picón Salas, Mariano: *Vida y trabajo en los Andes*, "El Nacional", 3 de agosto de 1953, N° 3.569

óptimos frutos hasta la época en que fueron expulsados los padres de la Compañía. Mérida fue la primera ciudad venezolana en poseer un colegio de categoría. El académico Ildefonso Leal ha localizado y publicado datos relacionados con este plantel, en su mayoría desconocidos. Desde 1628 iniciaron los preceptores el estudio de las primeras letras y Gramática, inevitable escalón para los posteriores de Filosofía, Teología, Derecho o Medicina que los educandos podían continuar en las reales y pontificias universidades de Santa Fe de Bogotá o Santo Domingo. Infortunadamente los documentos no conservan los nombres de muchos de los preceptores; pero, sí el de sus principales rectores. Entre éstos, el navarro Juan Gregorio; el genovés Domingo de Molina, autor de varios catecismos en lenguas indígenas, muerto en Mérida en 1661; Miguel Gerónimo de Tolosa, Francisco Antonio de González y Juan Manuel Collado, quien ejercía el rectorado en 1767.

Uno de los pocos preceptores que son recordados en los documentos consultados por Leal, es el tunjano Diego Solano, autor de varios trabajos manuscritos, "ya de panegíricos en prosa, ya de pomposos versos heroicos latinos, con agudas poesías", como lo dice el reverendo padre Pedro de Mercado en su *Historia de la provincia del Nuevo Reino de Granada y Quito de la Compañía de Jesús*.

El padre Gumilla en el prólogo a su obra *El Orinoco Ilustrado y Defendido* utiliza las "historias manuscritas por los padres Mercado y Ribero". En la reedición de esta obra de Gumilla por el padre Constantino Bayle, S. J., éste indica en una nota que "no hall(a) noticia" sobre la misma. Añade: "quizá" ande manuscrita por esos "archivos". La obra del padre Mercado, que nos suministra importantes informaciones sobre el colegio merideño de la Compañía, fue editada en 1967 por la Presidencia de la República de Colombia.

Destaco de la misma, según la referencia del doctor Leal, unas interesantes obras del padre rector Tolosa. Ambrosio Perera y Julio Febres Cordero han señalado que una de las más antiguas obras venezolanas sobre idiomas indígenas fue el confesionario y catecismo en lengua gayona que el obispo fray Gonzalo de Ángulo ordenó escribir al doctrinero de Quíbor en 1625. Por la obra del padre Mercado conocemos otras del mismo tipo llevadas a cabo por el padre Tolosa

también en 1625; "cuando llegué a este pueblo (Mérida), —dice Tolosa— supe que la lengua de los indios del Distrito de Mérida era general por lo cual deseando hacer algún servicio a Nuestro Señor me puse a propósito a aprenderla y hacer mis cartapacios de ella con intento de tener alguna noticia, para que ayudándome de alguna persona pudiese traducir en la lengua de los indios los misterios de nuestra santa fe. Traduje por entonces algunos, y juntando a los indios por las tardes les iba leyendo y enseñando los misterios que en mi papel tenía traducidos. Eso hice a los principios que después con el estudio me habilité a poder enseñarlos sin leer". Pero, no fue tan sólo la lengua de los indios merideños la estudiada por Tolosa. Hizo apuntes sobre otras. En Acarigua, para la época de la conquista, hubo indios caquetíos y gayones. ¿A cuál de éstos se refería el siguiente trozo del padre Mercado?: *"En esta población, continúa el padre Tolosa, trabajé haciendo catecismo en su lengua"*, y luego añade: *"el catecismo que hice mandó su señoría a los curas que lo trasladasen y lo enseñasen a sus feligreses"*.

Después, por cédula dada en Aranjuez a 9 de junio de 1787, se erigió el colegio seminario el 1º de noviembre de 1790. Cédula de 18 de junio de 1806, reiterada en 6 de octubre del año siguiente, amplió los estudios y concedió al Instituto, gracias a las gestiones del ilustrísimo señor Hernández Milanés, el privilegio de otorgar grados mayores.

El canónico Francisco Antonio Uzcátegui Dávila es una figura procerca. Representa un cambio en la hora histórica de Mérida. Educado en el ambiente colonial, la ilustración española le permite, sin embargo, asomarse plenamente a los tiempos nuevos. Se recibió de Teología en Santa Fe. Fue comunero.

El 10 de setiembre de 1782, frescos aún los recuerdos de la aventura, firmó los documentos que le dieron vida a la primera escuela pública gratuita de la villa y por cédula dada en Aranjuez el 19 de junio de 1788 se le autorizó para establecer la escuela patriótica de artes y oficios de Ejido. El 1º de mayo de 1800 el deán Francisco Xavier de Irastorza, gobernador del obispado, solicitó el establecimiento de una universidad en Mérida.

Había inquietud cultural, preocupación colectiva en la ciudad cuando ocurrió el

levantamiento de 1810. ¿Tendría, pues, algo de extraño el hecho de que la primera medida revolucionaria fuese el establecimiento de un plantel universitario? El 21 de setiembre de 1810 la Junta Patriótica Superior erigió en Universidad de San Buenaventura el anterior colegio seminario, disposición confirmada posteriormente por el Libertador. Por ley de 23 de setiembre de 1883 el instituto pasó a denominarse Universidad de los Andes, nombre conservado hasta hoy, salvo un breve período de 1904 a 1905 en que se la llamó Universidad Occidental.

Pero, no solamente sus viejos colegios, la Universidad o los proyectos del canónigo Uzcátegui le confirieron a Mérida su fama de ciudad letrada. Fueron también sus bibliotecas, muchas de las cuales se conservan en parte. El ilustrísimo señor don Manuel Cándido de Torrijos, que apenas si estuvo al frente de su diócesis cuatro meses, trajo a la ciudad una biblioteca de 30 mil volúmenes, según es fama, y un gabinete de física. Y fueron también parte en la fama de Mérida, transformándola en una especie de escuela de todo el Occidente, la sucesión de eximios varones que hicieron de ella centro de sus experiencias docentes. Aquellos rectores del colegio seminario o de la Universidad, como los ilustrísimos señores Ramón Ignacio Méndez o Ignacio Fernández Peña, monseñor Buenaventura Arias Mateo y Juan Francisco Mas y Rubí, Agustín Chipia, Manuel María Candales, Foción Febres o Caracciolo Parra Olmedo, conocido como "el rector heroico"

La formación de Parra Pérez

Para la región occidental de Venezuela, Mérida ha mantenido a través de los tiempos, su condición de faro y hogar para las inquietudes espirituales. Antes de que llegara la carretera, la ciudad vivió años de aislamiento y soledad. En cuatro días de marcha a lomo de mula se iba de San Cristóbal a Mérida y de allí se llegaba a Valera, también por caminos de herradura, en dos días y medio, después de atravesar la región de los páramos. Así, alejada por grandes distancias de los centros de mayor densidad de población, como Maracaibo y Caracas, y asomada siempre a sus cuatro ríos tutelares —el Chama, el Mucujún, el Milla y el Albarregas—, Mérida logró sobrevivir como verdadero foco de cultura por la inteligencia de sus hijos y por el fervor con que éstos se entregaban al apasionante

culto de la ciencia y de las letras. Poetas, prosistas, juristas, médicos e ingenieros, así como sacerdotes de gran sabiduría, hacían de aquel ambiente intelectual uno de los de mayor significación en el país. La lista sería interminable. Recordemos algunos nombres. Caracciolo Parra Olmedo, Juan de Dios Picón, Gabriel Picón, Federico Salas Roo, Adolfo Briceño Picón, Julio C. Salas, Tulio Febres Cordero, la hueste de los Nucetes y los Parras. Muchos de ellos, en 1879, se habían reunido para *canalizar* las inquietudes culturales de la provincia y fundaron el Ateneo de Mérida.²

Un poco posterior fue Caracciolo Parra Pérez. Perteneció a la llamada generación de "Génesis", nombre de la revista que publicó sus primeros trabajos literarios. Humberto y José Domingo Tejera, Juan Antonio Gonzalo Salas, Julio Consalvi, Américo Menda, Pedro José Godoy y Gabriel Picón Febres, hijo, fueron sus compañeros.

Parra Pérez cursó en Mérida sus estudios de bachillerato. La ciudad era pobre. Sobraba el tiempo para la lectura y el aprendizaje. Los bachilleres se multiplicaban sin que los atemorizara el incierto destino. En el único billar que existía en la ciudad, el general Amador Uzcátegui, todopoderoso Presidente del Estado, jugaba sus partidas con el coime de éste, flamante bachiller en filosofía y letras. Uno de los rectores que tuvo la Universidad era doctor en derecho, medicina y cánones. Tener caballo de paseo constituía el mayor lujo. Cabalgatas que recorrían por las tardes las calles de la silenciosa ciudad, era la –única nota alegre con que finalizaba el día.

Coronar una de las carreras tradicionales que se hacían en la Universidad era el único camino de aquella juventud. Américo Menda, de extraordinario talento, fue médico que nunca llegó a formular una receta, y Juan Antonio Gonzalo Salas, quizás el mas brillante de todos, y con él muchos otros, se hicieron doctores en Derecho, pero nunca se ocuparon de redactar un documento.

Apasionado lector, el bachiller Caracciolo Parra Pérez, no abandona la biblioteca de su abuelo paterno, el doctor Caracciolo Parra Olmedo, rector, el más

² El Ateneo de Mérida se inauguró el 9 de noviembre de 1879 y de esa fecha es la constitución que rigió sus actividades. Archivo General de la Nación: Secretaría de Interior y Justicia MI, ff. 116-121

ilustre, de la Universidad de los Andes y eminente jurista. No quedó libro que no leyera, lo mismo que en la biblioteca de su padre, el doctor Ramón Parra Picón, quién también fue rector de aquella Universidad. Tal vez las enseñanzas del abuelo lo llevaron a seguir la carrera de Derecho.

El ha referido sumariamente su formación y sus ambiciones. Con ocasión de un banquete que en 1922 le ofrecieron en París, dijo Para Pérez:

“Yo no soy, en efecto, un hombre de letras. Cuando a los diez y ocho años comencé a escribir, como casi todo el mundo lo hace a tal edad, abrigaba, sí, la esperanza de serlo en un día. Consejeros caritativos no tardaron en demostrarme que erraba mi camino, porque era evidente que carecía sobre todo de imaginación, cualidad que parecía indispensable para ejercer el oficio. Me consagré entonces, al estudio de la Historia en cuyo dominio es posible, más que en cualquiera otro, darse apariencias de decir algo nuevo, pillando a los demás y sin funestas consecuencias. Luego, no contento con hundirme en el pasado, quise contemplar el presente, y a fin de procurarme una cómoda butaca entré en la diplomacia. Mi abuelo que era jurista y letrado, pretendía que mi espíritu, previamente deteriorado por el estudio del Derecho, se dañaría por completo con la frecuentación de los literatos”³

Ni tanto ni tan poco. Para él, escribir de historia era como ser leal a su verdadera vocación. Pero, en otra oportunidad, al redondear más menudamente sus primeras emociones vitales, ofreció otra interpretación de su etapa formativa en Mérida, cuando contemplando el vagar de las nubes por el alto cielo imaginaba una geografía de ensueño, con ovejas de armiño triscando en prados azulosos.

Para Picón Salas la provincia es acentuación emocionada del ayer, pervivencia del tiempo ido enredado al diario acontecer, afecto persona que rindieron su cuenta, amor por las cosas que nos recrearon cuando todo el misterio a lo desconocido se reducía a la catalogación de matices, colores y sabores y las palabras eran como abismos insondables cuyo sentido pretendíamos abarcar.

³ Parra Pérez, Caracciolo: *Páginas de Historia y Polémica*, Caracas, Litografía del Comercio 1943, Págs. 269-270

En Parra Pérez su Mérida que está intelectualizada. Es una Mérida escapada de las bibliotecas y tertulias domésticas,⁴ donde se recuerdan, como símbolos al Canónigo Uzcátegui, a Caracciolo Parra Olmedo o a Gonzalo Picón Febres. Ellos encarnan el angustioso destino de muchos intelectuales nuestros. Una sociedad pacata que no acababa de entenderlos y sistemas políticos de hierro, les redujeron al estrecho valle nativo, refugiados en sus bibliotecas con los libros amados.

La llegada del Modernismo

Gentes como ésta fueron activos mensajeros de cultura en el estrecho ámbito de la ciudad colonial. Y pensando en ese Gonzalo Picón u otros de la misma calidad que se le adelantaron en la angustia, se integró una especie de peña literaria con revista y todo. Gran maestro de la heterodoxia hermandad lo fue Julio Sardi, político y escritor, muerto en Río de Janeiro el 2 de enero de 1961.⁵ Julio Sardi fue un positivista que ya escribía hacia la época en que nació Parra Pérez, e inició en ciertos misterios culturales a jóvenes como Julio Consalvi, J. A. Gonzalo Salas, Humberto Tejera y al mismo Caracciolo.

Sardi puso a nuestro personaje en contacto con el simbolismo, cuyos corifeos recibían espaldarazos de Rubén Darío. El primer párrafo del estudio que el gran poeta dedicó a “Rachilde” era como para despertar la más inquietante preocupación morbosa ante la obra de la escritora. Oigámoslo:

Trato de una mujer extraña y escabrosa, de un espíritu único esfíngicamente solitario en este tiempo finisecular; de “un caso” curiosísimo y turbador: de la escritora que ha publicado todas sus obras con este pseudónimo, “Rachilde”; satánica flor de decadencia, picantemente perfumada, misteriosa y hechicera y mala como un pecado.

⁴ “... aquellas conversaciones de historia que son tan frecuentes en las tertulias navideñas”. Picón Salas, Mariano: *Viaje al amanecer* en “obras selectas”, 1953, Pág. 16. Sobre la Biblioteca de los Parra: Tablante Garrido, P. N.: *Caracciolo Parra y sus libros*, en “La Opinión”k de Mérida, 2-VII-1965.

⁵ Guerrero, Luis Beltrán (“Cándido”): *Julio Sardi*, “El Universal”, Caracas, 15-III-1961

Para la época en que “Rachilde” se deslizó por las calles de Mérida,⁶ poco menos que clandestinamente, era una madura dama próxima a los cincuenta y vivió casi un siglo, de 1869 a 1953. Una de sus primeras obras, *Señor Venus*, se publicó en 1889; entre las últimas *Mon étrange plaisir*, en 1934, y *Face à la peur*, en 1942. De soltera, porque Darío no lo consigna, se llamó Margarita Eymery; casada, señora de Alfred Valette.

Días de efervescencia fueron esos en la recoleta villa hasta la época del inevitable viaje a Europa que, entonces, solamente emprendían los desesperados de ánimo, intentando desarraigarse de las esencias criollas; aquéllos que rehuían cualquier contacto con la América bárbara, o las familias pudientes. Parra Pérez viajó con la familia en 1906. Luego volvería a Europa en 1913, y cultivaría la amistad de Rubén, Lugones, Gómez Carrillo, Manuel Ugarte...

Estos nombres habían sido agitados como estandartes de lucha en la ciudad serrana. Muchos se asombran del menosprecio de los jóvenes de ahora sobre los valores pasados. ¿Cuáles afinidades pueden ligar a nuestra juventud con los planteamientos que hace un siglo o más expusieron los Toros, Acostas, González, Rojas o Villavicencios? Entre las épocas se forman hondas grietas; abismos casi infranqueables separan las generaciones. Todos hemos estado en alguna época poseídos del demonio iconoclasta. Todos hemos querido hundir el pasado. Y refiere Parra Pérez que en el cenáculo de "Génesis" desdeñaban a Bello y a Pérez Bonalde y rendíanle fervoroso culto a Nervo, Lugones y Darío.⁷

José Nucete Sardi al comentar la reciente obra del Profesor Lubio Cardozo sobre la poesía merideña y referirse a la generación de "Génesis" dice que "los integrantes de ese heterogéneo grupo de escritores —románticos tardíos, nativistas, modernistas y modernos, según la clasificación de Cardozo—, comprendieron la necesidad de producir cambios en la mentalidad del hombre de letras de las provincias andinas por la prédica de nuevas ideas positivistas y una crítica mordaz, en veces demoledora contra viejos patrones artísticos e ideológicos. Abrieron dos

⁶ Parra Pérez: *El discurso malogrado*. Revista Nacional de Cultura, Caracas, N° 161, noviembre-diciembre de 1963, Pág. 20

⁷ *Ibid.*, Pág. 21

frentes: uno contra el catolicismo reaccionario, dogmático y a la vez ofrecían a los jóvenes las posibilidades de renovar su sentimiento lírico, su necesidad de expresión poética con los temas, las ideas y las formas renovadoras". Destaca Cardozo la forma "increíblemente madura" como los integrantes de esta generación amalgamaron su concepción de la necesidad de renovación ideológica y literaria con sus propias vivencias existenciales.⁸

Las evocaciones de Parra Pérez son esquemáticas. Hay, no obstante, material aprovechable para la identificación de las corrientes que confluyen en su ánimo y encauzan definitivamente su pensamiento. No me refiero a influencias de carácter personal y, en cierta forma, epidérmicas, como la de Esteban Gil Borges, sino a las más profundas y al parecer imponderables que signaron en forma indeleble su espíritu. El movimiento parnasiano o el simbolismo resbalaron sobre su conciencia. El modernismo, en cambio, dejó su impronta. Posiblemente aislamos la causa de esto en la circunstancia de que tal movimiento, liberador del idioma de los grilletos pseudoclásicos y de las ataduras románticas, tuvo su raíz en estas tierras americanas y en nuestro continente ejerció incontrastado imperio.

Cuestión de nunca acabar ocuparnos de los autores y enjuiciamientos que llevó a cabo Parra Pérez sobre sus lecturas o escritores y artistas preferidos. Se decidió por la historia y preparándose para la tarea la emprendió con nobleza.

Parra Pérez historiador

En torno a la obra histórica de Parra Pérez han opinado, entre otros, Mariano Picón Salas, Cristóbal L. Mendoza, Luis Beltrán Guerrero, Ramón Díaz Sánchez, J. Penzini Hernández, Carlos Felice Cardot, Germán Carrera Damas, y estudiantes universitarios a quienes el propio autor les brindó la mejor cooperación.⁹ No es, pues, mi propósito descarnar su pensamiento en torno a la materia, sino exponer,

⁸ José Nucete Sardi: *La Poesía en Mérida de Venezuela*. (Comentario al libro del Profesor Lubio Cardozo). "El Nacional" N° 10.135, Pág. 4.

⁹ *El concepto de la Historia en Caracciolo Parra Pérez*. el seminario de historia de la historiografía venezolana: 1961-1962. Publicación de la Escuela de Historia, Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela. Director: Dr. Germán Carrera Damas. Intervinieron en el estudio de la obra histórica de Parra Pérez los estudiantes M. E. Parra Pardi, L. C. Rodríguez, H. Peñalver Gómez, A. Camacho, Chelita Soriano, Lupe Bencomo de León, Carmen Moreno, Jaime Jaimes Berti y S, Santaella. Este es el trabajo más completo y moderno realizado en el país sobre la obra de Parra Pérez y sus notas y bibliografía que incluyen me han sido en extremo útiles.

en forma sucinta, algunas de sus coordenadas

No tiene preferencia por un determinado período. Para él la historia es una, sin compartimientos estancos que aislen etapas y se ocupa de estudiarla porque quiere expurgarla de cuantas falsedades han arrojado los adversarios o enemigos.¹⁰ Pero, interrogante inicial ¿qué cosa es la Historia? En la breve explicación que precede a su estudio sobre el 24 de enero de 1848 el autor ensaya una definición que al fin se queda en un concepto vaporoso: "¿...qué debe entenderse por Historia con mayúscula?, se pregunta nuestro historiador. El presente narrador de aquella trágica aventura es de los que creen que la Historia es una entelequia en el verdadero sentido de este vocablo, que es el filosófico. La dificultad consiste, sin duda, en acrisolar y filtrar las opiniones de los historiadores, para obtener el producto que pueda llamarse el juicio de la Historia".

Es inútil glosar oraciones sobre la materia. Por eso es tal vez preferible encuadrar, con la ayuda de otros textos, sus conceptos. Para él la historia, en cuanto ciencia, es el resultado de una especie de sincretismo o transacción entre tendencias diversas: aquéllas que intentan establecer hechos concretos, así sean aislados, y aquéllas que aspiran a fijar secuencias de hechos con el propósito de lograr grandes perspectivas, utilizando en la empresa "los pormenores que constituyen el fondo y la base de una historia propiamente dicha".¹¹

Dentro de esta línea de pensamiento, la Historia puede ofrecer ciertas concomitancias con la Sociología. De "ciencia de las sociedades humanas" califica a la Historia en una oportunidad.¹² Y casi dentro del molde carlyleano piensa que solamente puede ser revelado su sentido mediante el estudio de los hombres representativos, como se propuso llevarlo a cabo al ocuparse de Miranda, Bolívar o Marino.¹³ Hombres e ideas son los polos del eje en torno al cual gira la disciplina.

¹⁰ Parra Pérez, Caracciolo: *Páginas de Historia...* Págs. 296-297

¹¹ Parra Pérez, Caracciolo: *Mariño y la Independencia de Venezuela. El Libertador de Oriente.* Pág. 10.

¹² *Mariño y la Independencia de Venezuela. El Libertador de Oriente.* Pág. IX

¹³ *Ibid.*, Págs. IX-X

El valor de las leyendas

Para la historiografía romántica de gran estilo el "santo" cristiano, el "héroe" de las tragedias griegas, el "hombre" de Protágoras, considerado como medida de todas las cosas, resulta el elemento catalizador de la pasión o la angustia de las sociedades. Examinando, así sea a la ligera, el pensamiento de nuestro autor, es posible que pesquemos perdidas declaraciones más o menos contrarias a la interpretación apuntada. Si escarbamos aquí o más allá encontramos que para Parra Pérez el romanticismo histórico está superado, ya que el sentimentalismo y las figuras retóricas no son elementos que contribuyen a una valoración de situaciones o personajes.¹⁴

Hay, ante todo, una visión peculiar del aporte romántico. Este romanticismo es casi típicamente americano y se resuelve en temas retóricos y constelaciones de adjetivos. Pero el movimiento romántico fue, en realidad, algo más que musicalización estilística. Consistió también en una reacción contraria al espíritu histórico o antihistórico del iluminismo. De ahí la devoción histórica de los grandes románticos. De Lemartine, de Chateaubriand, de Stendhal o de Sanz del Río. Entre nosotros, Bello, Toro, Juan Vicente González, Larrazábal. Sin embargo, en concepto de nuestro autor hay también una cierta oposición a concederle valor a las leyendas como elementos necesarios al estudio. Así, al analizar la empresa colonizadora española, cree que el material de tipo legendario enturbió las fuentes, deformó criterios, extendió prejuicios y extirpó el conocimiento de la verdadera Historia.¹⁵

Quizás extremó el rigorismo metodológico al redactar esas líneas. Las leyendas brizan la Historia, rodean con infantiles rumores el nacimiento de las comunidades, alimentan la esperanza y la voluntad de las gentes. Las leyendas, transformadas en "historias", están en las raíces de los pueblos, constituyen las primeras simientes de la especulación intelectual y son como el testimonio de turbias edades a falta de documentos ciertos, de protocolos indubitables.

¹⁴ "El romanticismo es inaceptable en la historia, campo en el cual las declaraciones puramente literarias y sentimentales pueden todavía impresionar a considerable número de lectores, pero están desmonetizadas y no sirven como elemento de valoración". (*Mariño y la Independencia de Venezuela. El Libertador de Oriente*. Pág. XLII)

¹⁵ Parra Pérez Caracciolo: *Ludwig y su biografía de Bolívar*. Revista Nacional de Cultura, Nos. 87-88, Pág. 52.

Sólo porque la leyenda pervivió hasta Hornero y el rapsoda recogió en la epopeya y en las peregrinaciones de Odiseo sus desvaídos reflejos, pudo Schiliemann, junto a Dorpeld, picota en mano, exhumar Troya, Micenas y Tirinto, escalón que condujo a Evans a descubrir el minoico. Un buen día, con la corta ayuda que le prestaron las elucubraciones de Grotefend y otros eruditos, Rawlinson adivinó los cuneiformes alfabéticos de los Aqueménidas; seguidamente se descifraron los silabarios de Susa y los asirios-babilonios e hititas. Y con la ayuda de los silabarios semitas abriéronse trochas en el bosque de las leyendas primitivas y apareció el mundo súmero y, más atrás aún, se penetró en las mitológicas edades prediluviales y en la vida de los pueblos del alba que desde Mohenjo Daro hasta Ur fueron los creadores de la Historia, sus iniciadores, al inventar un sistema gráfico de comunicación que perpetuase el pensamiento.

La historia polémica

Mas, la Historia y sus verdades constituyen, de cierta manera, auténticas falacias. Así como las verdades matemáticas y las concepciones físicas tradicionalmente aceptadas han sido puestas en cuarentena desde las elucubraciones de Planck y de Einstein, en materia histórica la vida de las verdades es también relativa, de acuerdo con las épocas, los conocimientos, el medio o ambiente en constante modificación, el espíritu filosófico, las fuerzas o potencialidad de las agrupaciones económicas dominantes. Sin entrar en la discriminación de estas condiciones, ya Virgilio veía a la verdad envuelta en sombras (*Eneida* VI, verso 88). Afincado en toda la tradición al respecto, Parra Pérez, juzgando viable aislar "lo verdadero relativo de cada cosa", contentábase con hallar una mera verosimilitud.¹⁶

El problema resulta aún insoluble y en la misma concepción de Parra Pérez parece de imposible resolución. Desde Roma, primavera de 1933, le aclaró a Gil Fortoul que la investigación histórica es, en lo esencial, una actividad polémica

¹⁶ Parra Pérez, Caracciolo: *Mariño y la Independencia de Venezuela. El Libertador de Oriente*. Pág. IX.

matizada de parcialización, pues cada hombre tiene su propia verdad,¹⁷ tema sobre el que insiste en diversas oportunidades.¹⁸

Largo es el párrafo de nuestro autor sobre la cuestión; pero, de gran interés para formular algunas delimitaciones sobre el contenido. Encontrar el verdadero contexto de lo que debemos entender por verdad contrasta al ánimo. Con Parra Pérez, por sus estudios, "verdad" y "derecho" son sinónimos. Y tal vez por estar imbuido de jurisprudencia, arriba al concepto de transacción y de relatividad de de Taine, Sorel o Barres, cuando en realidad la cuestión que se le planteaba se resolvía por la dialéctica hacia una síntesis armoniosa que conciliase los extremos.

Dentro de este criterio, la Historia puede ser tenida como una expresión polémica. El tema es grato a nuestro autor y de su agrado, porque él es un precursor de ciertas modernas tendencias en este campo. Entrar en pormenores sobre el mismo implicaría extendernos innecesariamente. El grupo de universitarios a que antes me referí ya lo hizo.¹⁹

Pero esta actitud polémica a que se refiere el historiador, en defensa de una tesis o una posición, no implica rehabilitaciones sino esclarecimientos. Frente a

¹⁷ Parra Pérez, Caracciolo: *Páginas de historia y polémica*. Caracas, Litografía del Comercio, 1943. En la página 296 dice: "La historia es una controversia interminable y controversia del goce anónima de polémica. el historiador debe atender a la imparcialidad; mas la suya como la del magistrado, lo consiste en conservar indiferencia olímpica entre lo que cree verdad o derecho y lo que cree mentira o sin razón de otro modo la imparcialidad se convierte en complicidad. ¿La Vedad con mayúscula? Aquí te quiero Pilato". *Páginas de Historia y Polémica*. Litografía del Comercio, Pág. 296.

¹⁸ Veinte y siete años después volvía sobre el tema sin definirse por la verdad absoluta. Dijo en 1960 al ocupar el Sillón T de la Academia Nacional De la Historia: "Buscar la verdad es derecho y credo de todo hombre, dijo Bacon. El derecho se convierte en deber cuando se especula con materia histórica. Pero, como es tan difícil hallar en ésta la verdad, habremos casi siempre de contentarnos con solicitar la verosimilitud. ¿Qué es la verdad? La cuestión es vieja como el mundo y Pilato la planteó a Jesucristo mismo. Por fortuna, no están obligados los historiadores a preocuparse por la verdad absoluta del procurador de Judea y, pueden, en cambio, concertarse sobre ciertas verdades menores por mucho que éstas sean apenas errores rectificadas. San Agustín abrió camino a la aplicación de la relatividad cuando, al examinar la facultad que puede tener el demonio de prever y anunciar el porvenir, como lo hacían los oráculos y pitonisas, distinguió muy bien esa facultad de la "verdad más verdadera" que Dios concede a sus elegidos"

¹⁹ Sobre esta cuestión reproduzco algunas líneas del historiador: "...Quiérase o no, la historia se basa en un recomenzar perpetuo y está siempre sujeta a transformación... La Historia polémica continúa si por esta última se entiende, como es debido, la ventilación de hechos que se aspira a dejar averiguados. El diccionario enseña que polémica es el arte que trata del ataque y defensa de las plazas ¿y cómo cumpliría el historiador el cometido que el atribuyen si no defiende la plaza fuerte de su verdad, o ataca resueltamente la que a su entender encierra el error? Polémica o controversia inacabable sobre materias en fermentación y sujetas, como cualquiera otra de índole semejante, a las mutaciones que determina el hecho nuevo o la nueva sagaz interpretación del hecho conocido? (Discurso citado en la nota anterior, Págs. 10 y 11)

las tentativas de cuantos han pretendido despojar a Boves de su sangrienta fama y aliviarle del peso de sus crímenes, fue tajante:

Todo conato de rehabilitación es inútil desde el punto de vista de la historia y notable error político y psicológico.²⁰

No son voces semejantes rehabilitar y vindicar. Reivindicar es volver por los fueros de la primitiva verdad cuando ha sido desteñida por la calumnia o la animadversión, ajada por el olvido. El lo intenta en reiteradas ocasiones y es ésta su interpretación del sentido polémico que implica la investigación histórica. Posiblemente en eso radica lo esencial de la tarea que se impuso y en esto es, ciertamente, uno de los precursores.²¹

Pero, más aun que restauración de una vieja tradición, más que retorno al viejo tiempo, se persigue con semejante proceso, para usar de sus propias palabras "comprensión justa del hecho y de su causa".²²

El revisionismo histórico

De una labor revisionista está todavía necesitada nuestra historia. El hecho, el fluir que conduce a su manifestación, la secuela de los hechos, todo está sujeto a un proceso cuya determinación es objetivo de nuestros afanes, procurando determinar sus alcances, analizando las condiciones en que se producen, revelando las causas que los originan y los nexos que medían entre tales causas. "No es la historia, anota, cosa inerte vaciada para la eternidad en moldes únicos. Es ciencia y arte en continua transformación", le dijo a Gil Fortoul.²³ Ella como cualquiera otra empresa humana "está sujeta a rectificaciones, sin diferencia de ciclos ante cuyos límites cese, para el crítico, la facultad de apreciación".²⁴ Ante todo, cuestión clave, se debe proceder a un cateo y revisión de todo el material histórico acopiado; desde hace ya casi cuatro décadas es inmenso el acervo recogido en los

²⁰ Parra Pérez Caracciolo: *Páginas de Historia y Polémica*. Pág. 230.

²¹ Parra Pérez Caracciolo: *El régimen español en Venezuela*, Págs. 263-264. Cfr. *Páginas de Historia...* Pág. 219

²² Parra Pérez Caracciolo: Discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia, 1960, Pág. 12

²³ Parra Pérez Caracciolo: *Páginas de Historia y Polémica*, Litografía del Comercio, Caracas, 1943, Pág. 296.

²⁴ *Ibid.*, Pág. 9.

archivos, hay nuevas formulaciones críticas, lo cual apunta hacia la necesidad de una reinterpretación de nuestra historia, provisional como toda construcción que se alce en este campo, siempre sujeto a modificaciones conceptuales de acuerdo con la calidad de la documentación que va reuniéndose.²⁵

Revisar nuestro pasado, rectificar la Historia es cuestión que reviste desusada importancia y cuantos se han ocupado de la obra de Parra Pérez han destacado este propósito revisionista. Yo traigo a estas páginas unas cuantas manifestaciones tuyas, ya que ellas explican el por qué o las razones de las obras que escribió. En unas se refiere a las lagunas o a las imprecisiones que se observan al examinar nuestros anales;²⁶ en otras, a que el análisis o las críticas a esos anales sólo se han realizado parcialmente, lo cual dificulta una síntesis valedera;²⁷ finalmente, en alguna parte enfoca el carácter dogmático de la historia oficial, considerando como necesario la discusión de las diversas tesis interpretativas.²⁸

Por esto busca revisar lo atinente al régimen provincial hispánico, a Miranda, a la primera República, a Bolívar, las opiniones de los extranjeros, el papel de Marino a lo largo de toda su actuación. Hay en todo esto el punto de exactitud del jurisperito; pero, también, el deseo nacionalista de esclarecer las cosas de la Patria y pulir el metal, tomado ya en algunas partes de los ácidos que muchos vertieron.

Escribió Eduardo Arcila Farías hace unos pocos años un breve ensayo sobre la utilidad de la Historia.²⁹

Apartando el tema propiamente investigativo que busca explicarnos lo por venir derivándolo de las pasadas experiencias, dejando de lado el intento de comprender el acontecer, ya que "el presente surge del desarrollo del pasado",³⁰ resulta que la utilidad de la Historia se reflejaría en un mayor acercamiento entre los pueblos. En este camino Parra Pérez se ocupó de lo referente a la reforma de los manuales de

²⁵ Parra Pérez Caracciolo: *Mariño y la Guerras Civiles. La Revolución de las Reformas*, Pág. 9

²⁶ *Mariño y la Guerra de la Independencia. El Libertador de Oriente*. Pág. XII.

²⁷ *Mariño y la Guerras Civiles. La Revolución de las Reformas*, Pág. 8

²⁸ *Mariño y la Guerra de la Independencia. El Libertador de Oriente*. Págs. XLIII y XLIV.

²⁹ Arcila Farías, Eduardo. ¿Para que sirve la historia? En Carrera Damas, Germán: *Historia de la Historiografía venezolana*, Págs. 41-44

³⁰ Discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia, Pág. 10.

enseñanza y su memoria sobre el tema, redactada en Londres en mayo de 1937, expuesta con gran claridad, adelanta proyectos que hoy son ya realidad en nuestra Ilustre Universidad Central.³¹

Artes y tendencias históricas

Para lograr el mejor efecto es necesario el criterio artístico en la narración. Hay arte en la utilización de los necesarios recursos para disponer esa narración, trazar el plan, dibujar cuadros y escenarios. Y hay rigor metodológico para la selección de los materiales y el empleo de los temas que proporciona la investigación. Exponer en sus detalles estos valores de la obra de Parra Pérez es innecesario, por cuanto ya otros han estudiado tales rasgos. Nos limitamos a insistir en que todos esos elementos no los emplea el autor para ejecutar obra local, sino más bien se empeña en buscar las conexiones que ligan tales elementos a los sucesos extranacionales.

Nuestra historia ha sido tratada con espíritu localista. Apenas se abren un poco los cerrados ventanales de la casa para contar la epopeya bolivariana. Contra esta tendencia reaccionó Parra Pérez, y por eso manejó en forma impresionante autores extranjeros y documentos provenientes de archivos de diferentes países, principalmente británicos y franceses.³²

El une, vincula, enlaza, concatena sucesos, verifica textos y datos, compulsas informaciones, duda continuamente, junta los pequeños pormenores, narra, enjuicia y combate por sus ideas. Y buscó objetividad en sus exposiciones. Para lograrlo cree que debe estudiar la evolución de las ideas y su desarrollo y se opone a

³¹ Parra Pérez Caracciolo: *Páginas de Historia y Polémica*, Pág. 347. De su memoria sobre el asunto, transcribo el siguiente párrafo de nuestro historiador: “El manual escolar representa, en efecto, papel importante en la enseñanza de la historia; puesto en manos del alumno, debe tenerse que los hechos falsos o controvertibles que contenga, se graben para siempre en su memoria. Pero, más considerable todavía que la del manual, es la influencia del maestro. Es obra inútil y acaso perniciosa la de combatir el espíritu nacional de cada pueblo, que obedece a leyes fatales de la sociedad política. Lo que puede y debe desecharse es el espíritu nacionalista en cuanto predica desdén u odio y agresión a los demás países. Si los profesores son fanáticos por el nacionalismo pueden influir desfavorablemente en la niñez y en la juventud. Les será fácil probar que el manual ha caducado o contiene errores y demostrar con elocuencia y virtud de ascendiente que ejercen sobre los discípulos, que otros hechos no señalados en el manual contradicen la tendencia de éste. Es por ello indispensable proceder además de la revisión de los manuales escolares, a revisar los destinados a las escuelas normales, donde se forman maestros y profesores. Sobre todo hay que organizar con el mayor cuidado la enseñanza universitaria, pues de las universidades sale, con los profesores, los futuros historiadores que tendrán a su cargo acrecentar el conocimiento de la Historia aplicando a la crítica los métodos científicos.

³² *Mariño y la Guerra de Independencia. El Libertador de Oriente*. Pág. XLIII.

ciertas escuelas y tendencias, quizás como lógico resultado de sus firmes convicciones filosóficas. Esta actitud la quiero destacar porque también contribuye a explicarnos las tendencias y métodos expositivos que adoptó.

Sin ir a beber en Bossuet y puesto que el autor creía que la Historia era una "tendencia hacia fines ideales", el idealista busca explicarse el desarrollo del proceso histórico a través de la metafísica de Schelling, donde la historia es tan sólo la evolución gradual de la realidad hacia una expresión superior, que es la libertad humana, y la naturaleza, que es espíritu, alcanza en la misma forma tal expresión superior. En cuanto a la importancia de la economía en la interpretación histórica, aun cuando en la mayoría de sus trabajos no se ocupó de ella, reconoció el valor trascendental que tenía y aconsejó su estudio al tratar de la modificación de los programas de enseñanza de Historia.

Parra Pérez juzgó indispensable situarse en una especie de justo medio entre las interpretaciones filosóficas y económicas de la historia, entre los antiguos grupos idealistas y los legionarios del nuevo materialismo, pues el encadenamiento de los sucesos no lo interpretó como una simple cuestión mecanicista donde la voluntad de los hombres desaparecía ante las corrientes económicas que invocaba la dialéctica materialista.³³ En este sentido, esas fuerzas anónimas hacían resaltar a las colectividades, independientemente de la acción aislada de hombres o grupos.³⁴ Parra Pérez creyó sinceramente en la influencia de los factores espirituales y no en ciegas potencias materiales que despojaban al hombre de su libre albedrío.³⁵

La obra histórica de Parra Pérez

Junto al acendrado criollismo de don Tulio Febres Cordero, junto al positivismo de Julio C. Salas, al lado del venezolanismo a veces caótico de Emilio Menotti Spósito, Mérida ofrece, dentro de un ardiente venezolanismo, las figuras egregias de Mariano Picón Salas y Caracciolo Parra Pérez.

En Parra Pérez no obstante su universalismo no se borran las esencias

³³ *Mariño y la Guerra de Independencia. El Libertador de Oriente*, Pág. XLIII

³⁴ Parra Pérez, Caracciolo: *Historia de la primera República*, Biblioteca de Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1959, Pág. 83

³⁵ Discurso de incorporación a la Academia Nacional de Historia, Pág.12.

merideñas. En los días de su infancia, en sus años de adolescencia aprendió parte de su oficio de historiador. Su héroe latría —y valga el neologismo en obsequio de la brevedad— tiene profundas raíces familiares. Ya señalamos como las conversaciones sobre el pasado eran tema constante en las tertulias merideñas. Todavía estaban frescos los relatos que en diarios corrillos trenzaban Gabriel José Picón, José Escolástico Andrade y León de Febres Cordero y que luego repetirían Gabriel Picón Febres, Tulio Febres Cordero, Caracciolo Parra Olmedo, o Ramón Parra Picón. Esto lo destaca Fernando Paz Castillo en su estudio sobre la obra de Tulio Febres Cordero.

Pero los contertulios tenían una medida especial para juzgar el heroísmo. Togados y sacerdotes, hombres de letras en su mayoría daban tanta importancia a los próceres civiles como a los generales de la gesta americana. Un Sanz, un Roscio, un Palacio Fajardo igualaba en sus proezas y eran personajes de tanta categoría como un Urdaneta, un Páez, un Marino. El drama de Vargas era motivo de hondas reflexiones sobre el porvenir del país. La frase del epónimo se repetía muchas veces como muestra de valor cívico: "Fermín Toro no se prostituye". Para aquellos merideños el 24 de enero de 1848 tenía el valor de una fecha nefasta. Era una manera de entender a Venezuela un poco distinta de la que aquellos otros pueblos del país que la con esos diálogos puede explicar en muchos el fervoroso culto de Parra Pérez por los fundadores de la Patria. Los civiles y los militares. El historiador expuso claramente su criterio al respecto.³⁶

Para Caracciolo Parra Pérez el héroe no es únicamente el militar de las hazañas. Desde esta misma tribuna, el 5 de julio de 1960 mostraba su extrañeza por la insistencia venezolana de presentar su historia como una simple sucesión de batallas. Quien tenga esta visión parcial no podrá explicarse satisfactoriamente el proceso histórico venezolano. No compartía la tesis de quienes quieren ver en el curso sangriento de nuestros anales, en los tanteos y reveses de nuestra vida cívica la prueba palpable del desacierto y fracaso de los pensadores que en campo jurídico y constitucional trazaron un camino. Y no compartía esta tesis por cuanto pensaba "que nuestras guerras y convulsiones tuvieron siempre su origen real en

³⁶ Discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia, 1960.

las ideas que aquéllos arrojaron a manos llenas en el hambriento y sediento surco del suelo nacional". Mezcla de dialéctica y sangre es nuestra historia, apunta en frase magnífica.

Parra Pérez comienza su examen de nuestra vida civil analizando las instituciones del sistema provincial o colonial. Parte de la narración está en las pequeñas ciudades nuevas y su intensa vida comunal. La otra parte es la gris existencia de quienes luchaban por dominar la tierra. Allá es la escena urbana, animada por grupos enfrentados entre sí en el seno de los cabildos; aquí, el cuadro casi bucólico de aquellos otros que con sus enseres y ganados se entregan a la fundación de pueblos en el cuenco de alguna serranía o en jugosos paños de sabana, a levantar casas, a sembrar hogares. Hago mía una observación de don Marco Fidel Suárez, en relación con este sentido de permanencia del antiguo criollo, aun cuando no salga garante de la exactitud de la referencia. Decía el ilustre político y escritor que en América solamente los venezolanos habíamos dado nombre especial a las piedras del hogar, a las piedras del fogón, denominándolas "topías". A veces la paz colonial es cortada por la crueldad de piratas o bucaneros; a veces indios o negros arrasaban pueblos, misiones y haciendas.

Para la época en que Parra Pérez se iniciaba en la literatura, muchos positivistas habían logrado adelantar un proceso revisionista en nuestra historia. ¿Hasta qué punto influyen esos trabajos sobre el ánimo del escritor merideño? Ángel César Rivas, en su discurso de incorporación a esta Academia en 1909, planteó un problema capital:

“He considerado, dijo en tal ocasión, de un análisis de los diversos factores que preside nuestra evolución colonial, será el mejor medio de poner en claro los orígenes de la independencia”.

La Historia es un encadenamiento de hechos. Cada época se enlaza a la anterior y a la siguiente. Parra Pérez se había propuesto al estudio del acontecer nacional desde los días formativos de la colonia hasta la crisis liberal del legalismo en la persona del general Ramón Guerra. Vimos que el estudio del sistema provincial fue el paso previo al de la primera República. Aquí cabría una deducción en cuanto a

la sistemática de nuestro autor. Si él procura ser un mero narrador y acumula datos que configuran los grandes cuadros que bosqueja, al tratarse del estudio de la época provincial es polémico y hasta beligerante. Gil Fortoul observó respecto a esto que el merideño no había escrito Historia, pues se había limitado redactar una tesis.

El posterior desarrollo de nuestros estudios históricos ha contribuido a corregir las interpretaciones defectuosas y un esquema más próximo a las explicaciones de Parra Pérez ha sido el resultado de la investigación. Esta excursión de nuestro autor por el campo de la provincial tuvo incalculables proyecciones en relación con el resto de su obra. El fluir del río no se interrumpe, así sus caudales se deshilachen entre las garras de los saltos y el furor de los despeñaderos. La crisálida provincial se desarrolla y se transforma en la Primera República. Un grupo numeroso de pensadores asume la tarea de instaurar un ordenamiento constitucional en la casa refaccionada. Y tras el forcejeo, el violento rompimiento. Y fue Bolívar a quién tocó consumir la obra de los primeros legisladores y canalizar el desbordamiento popular. Tarea terrible la de querer embridar una revolución. De ahí el lacerante dramatismo de los últimos años del Héroe. Prometeo liberó al hombre de la esclavitud y encadenado a una roca por orden de los dioses un buitre le roía incesantemente las entrañas.

Los epígonos quedaron para repartirse la herencia, tal como los Diadocos se habían disputado mucho antes el imperio de Alejandro. Son cuadros magníficos en los que el narrador se esmera. Paso a paso seguimos los de Páez o Mariño, los de los Guzmanes, Vargas, Soubllette, Lander, Urdaneta a los Monagas; minuto a minuto vemos como se van cerrando las puertas a la concordia; como, de una manera que parece fatal, los hombres se precipitan por los atajos de la violencia, sordos a todos los requerimientos de la concordia, incapaces para la polémica doctrinaria.

En el primer acto del drama revolucionario, de 1810 a la capitulación de Miranda, se desarrollan los gérmenes de una agria pugna que a la larga dio una cosecha maldita. Civiles y militares erizaron su desconfianza y los hombres de la violencia terminaron por imponerse a los varones pacíficos en la hora de las

deliberaciones. Pero la guerra de independencia, digan cuanto dijeren en contrario, no erigió el caudillismo tal como lo hemos interpretado después. La guerra de independencia forjó soldados que, como Bolívar o Sucre, reconocieron cuál era la misión que les competía dentro de los nuevos estados. De los estudios de Parra Pérez parece desprenderse que el caudillismo es un fenómeno que se originó en las crisis que provocaron las contiendas civiles.

Al romperse el sistema legal aparece el caudillo como escudo de determinados intereses. El caudillo es visto desde este ángulo, el producto de la anarquía y busca sustituir con la autoridad que se irroga aquella otra que imperaba antes del rompimiento del orden jurídico, antes de que se declarase la acefalía social. Hubo en Bolívar un autócrata, cual lo señala Gil Fortoul, porque el Libertador fue superior a cuantos le rodearon, ya que conoció la América con rara profundidad y tuvo como ninguno la conciencia histórica de la revolución. Pero no hay en él ese personalismo característico del caudillismo semi-bárbaro. El caudillo carece de frenos legales, maneja una tropa de tipo personal y asume la soberanía nacional sin responder ante nadie de sus actos.

No voy a ocuparme de describiros la aparición del caudillo. Me circunscribo a los rasgos enfocados por Parra Pérez. Cuando José Tadeo Monagas rompe la armazón legal, comienzan tiempos de recelo y angustias y esos acontecimientos han de determinar a lo largo de casi una centuria una especie de ritornello doloroso del acontecer nacional. Hay un deleznable aparato civil, a veces fugaz intermedio entre dos episodios de violencia. Los golpes militares o las rebeliones servirán de marco y trono al caudillismo provincial. Las páginas de Parra Pérez sobre las guerras y luchas civiles son una especie de angustioso aguafuerte. No es el relato de los manuales escolares, ni ese estanque de aguas muertas que parecen reflejar las Memorias ministeriales y los periódicos oficiales.

Pero es esta la historia de un pueblo en ascenso. Y el acento optimista del historiador tiene profundas raíces en la realidad. Quedarse en el recuento de las violencias y los engaños, querer obtener un balance con examinar solamente las escenas del poder civil frustrado o de los indecorosos tutelajes es "contemplar la corteza y no el alma viva del tallo". El hilo de la historia lo lleva en sus manos, sin

aflojarlo, el pueblo venezolano, y se traduce en una constante alentadora de nuestra vida nacional dirigida a conquistar, consolidar y mantener los objetivos fundamentales que en un día de 1811 un grupo de héroes civiles, ideólogos y políticos, entregó a Venezuela como programa y bandera para su organización permanente. Afianzamiento de principios que conllevan al robustecimiento de la dignidad humana, tema planteado originalmente por la Constitución de la Barcelona Colombiana, obra del doctor Francisco Espejo o a garantizarle a cuantos vivan en este suelo igualdad de oportunidades, suprema aspiración bolivariana dentro de una firme autoridad democrática, que no es la anarquía, ni tampoco el despotismo, sino aquella autoridad que sustentada por la mutua comprensión de las fuerzas antagónicas crea y desarrolla la propia continuidad democrática.

Asimismo nuestra historia revela, a través de la narración de Parra Pérez, que la paz sincera no puede lograrse sino con la inevitable unidad para el logro de aquellas conquistas que afiancen a la Nación en su dignidad y al pueblo en su seguridad.

Algunos creen que escribir Historia no es sino una forma de presentar el pasado de acuerdo con la peculiar visión que de los hechos tenga el narrador. Llegan a esta conclusión por estimar que el ayer se esfuma sin dejar consecuencias y no influye en los procesos sociales. Ante todo, el historiador no es un taxidermista de las sociedades. Ni reconstruye lo pasado ni lo ambienta para ofrecer el panorama de lo que fue. Y ese pasado, desde luego, no muere definitivamente, ni se consume en el abismo de la nada. A lo largo del tiempo fluye como una corriente continua y esa corriente lleva una meta: sedimentar las épocas y darle así una base a la sociedad en que vivimos. En cierta forma expuso Bolívar este concepto cuando al referirse a su tiempo y a la obra realizada manifestó que nosotros solamente éramos la herencia de nuestro pobre país.

Por estas razones, constituye casi como una obligación el estudio de la Historia. Nos vincula al grupo humano; nos ata a la tierra. Y no entendemos su historia, si no penetramos en la esencia íntima, en los infinitos matices que brindan sus paisajes. Y si estos se van transformando al paso del Sol, el hombre igualmente, en cierta medida, va modificando sus esencias espirituales.

Peregrinos e inacabados

Según el común sentir de sociólogos y geógrafos, hay ciertas constantes entre el hombre y su espacio geográfico que se traduce en un intenso amor por ese espacio cuanto más le ha costado amoldarse a sus características, cuanto más ha luchado por superar los términos adversos que le ha planteado. Ese amor por la tierra, ese profundo sentimiento que ella inculca ha sido admirablemente expresado por los venezolanos que vieron transcurrir gran parte de su vida lejos del solar. En 1930, Enrique Bernardo Núñez después de visitar en Puerto Rico al valenciano Martín José Requena, escribió: "Fue desde entonces hombre sin patria, o el hombre que la lleva siempre dentro del corazón".³⁷

Ese grupo de hombres que sienten la Patria con intensidad y, por encima de las distancias, permanece unido a ella indisolublemente, comienza en nuestra historia con Sebastián Francisco de Miranda y Andrés Bello.

En el primero, el terruño es el nervio de su acción. La Patria, en cambio, va conformándose en su corazón con el anhelo de verla libre de tutelas, dueña de su destino. Para él, Venezuela es el grito desgarrado del que no tiene un pedazo de tierra propia. En Juan el Bautista se compendia el mundo que agonizaba y la esperanza que brotaba como el renuevo de un árbol. En Miranda se entremezclan la angustia del exilado, de quien perdió por la injusticia el suelo de su nacimiento, y la de cuantos no pueden llegar a la meta porque las condiciones políticas y sociales de la coyuntura en que les tocó vivir les cerraron el camino, les dificultó redondear la personalidad, impidiéndoles la culminación de la obra para la que estaban llamados.

En términos generales, a lo largo de todo nuestro pasado republicano, hay en los venezolanos que se quedaron en el país y aquellos que emigraron o se exilaron, la trágica dicotomía de realizar sus tareas en ambientes de libertad o de despotismo. De una libertad relativa, ciertamente, porque no podían mezclarse al río vital de los pueblos en los que les tocó actuar. Pero, a lo menos vivían en ambientes que les permitían contrastar experiencias fundamentales. Y de

³⁷ Núñez, Enrique Bernardo: *Signos en el Tiempo*. (Alusión a Carabobo, 1939-1950). Ediciones del Ejecutivo del Estado Carabobo, 1969, *Anales del Colegio Requena*, Pág. 47.

experiencia tal derivaron las obras que nos dejaron. La realidad social, según el Libertador, debe ser vivida para conocerla y el observador, para enjuiciarla, debe examinarla desde lejos en el tiempo y en el espacio.

Bello, por su parte, es raíz de cultura de nuestras jóvenes naciones. En él es donde cuaja más finamente el alma nacional al afirmar que Naturaleza da sólo una madre y una Patria sólo. Pero, Bello no es el único que se mantiene espiritualmente unido a la fuente originaria de la vida. Ni Simón Rodríguez, ni Baralt olvidan la tierra lejana y le consagran lo mejor de su obra. Aun resuena el cálido acento del marabino al despedirse de la tierra de sus amores. José Heriberto García de Quevedo, o Antonio Ros de Olano la evocan con ternura infinita en lo más florido de sus horas. Al "Cancionero" de Heine, lleva Juan Antonio Pérez Bonalde las aves agoreras criollas y su ominoso pregón.

Aquellos que fueron sacrificados o se inmolaron por una justa causa, prolongaron el nombre de la Patria en otras tierras, iniciando el desfile hombres de la calidad de García de Hevia, Cristóbal Mendoza Duran o Narciso López. En Luis López Méndez, Nicanor Bolet Peraza, Vicente Marcano, César Zumeta, Jacinto López, Rafael Bolívar Coronado, Pío Gil, Rafael Herrera Vegas o Alberto Zérega Fombona, en todos palpita poderosa la savia del terruño. Doquiera vivieron consignaron en sus obras la angustia nativa. Ese amor por la tierra signa la eterna preocupación de todos. Desde el exilio, en París a 16 de noviembre de 1865, escribió Pedro José Rojas frases matizadas de intensa melancolía:

"Cansado de esperar que se consolide satisfactoriamente en Venezuela el orden de cosas establecido, dice, empujado por los años que amenazan siempre, estrechado por la obligación de padre, yo trato seriamente de hacerme un nido. Todos los pájaros tienen el suyo. Dichoso yo si me fuese dado construirlo en las ramas de un samán. No hay árbol que me plazca entre estos árboles extranjeros, porque al través de su follaje no susurró jamás el viento de mis penates".

Cuantos han estudiado la tarea humanística de Lisandro Alvarado han observado otra de las características de esa etapa de la vida venezolana: en la obra científica o metodológica de los venezolanos hay falta de continuidad histórica. Esos maestros venezolanos no dejaron discípulos que continuasen la empresa. No

los animó el espíritu de cooperación, ni tuvieron continuadores. Agregaría que al lado de esta ausencia de continuidad se destaca otra peculiar: lo fundamental de la labor histórica nacional se llevó a cabo en circunstancias realmente adversas en la mayoría de las ocasiones.

Lisandro Alvarado es por su obra el testigo excepcional y el símbolo de esa época desgarrada, de esos tiempos de angustia. De los hombres de su generación (discípulos, en su mayoría, de Ernst o Villavicencio), fue el que padeció una existencia más dramática por la incomprensión que le rodeó. El ansia de conocer la mecánica del proceso histórico nacional le llevó a indagar en los más diversos campos y por esta razón se dispersó en la vida y en su obra. Don Lisandro, como un ave, se posó en varias de las ramas del árbol de la Ciencia y como el ave misma saboreó diversos frutos del conocimiento.

El saber, el deseo de saber, fue en Alvarado castigo y pasión, porque aquella Venezuela no estaba ni en situación de darle la disciplina intelectual que reclamaba su anhelo de sabiduría, ni en capacidad de utilizar esos conocimientos. En él se da uno de los casos más extraordinarios, quizá único, de nuestro ambiente literario, científico, social y político. Se preocupó por todo cuanto tuviese alguna relación con nuestro país y protestó, dentro de las posibilidades del medio, contra todo cuanto había dificultado o entorpecido su evolución. Buscó conocer las normas o leyes que regían éste y se adentró para conocerlas en las más variadas disciplinas, no desdeñando en su afán ni el mágico mundo de los primitivos.

Viajó a Europa. Pero ese mundo al que tributaba América en ese tiempo, ni le absorbió, ni le obnubiló su sentimiento nacional, ni alteró su natural manera de ser. Junto a su obra muchos recuerdan de Gil Fortoul el monóculo, la flor en el ojal. A Don Lisandro, sin desdorarlo, lo evocaríamos con atuendo pueblerino, en tareas de etnógrafo, lingüista, antropólogo o arqueólogo, estudiando el beriberi, levantando planos o platicando con ancianos para elaborar sus trabajos históricos, consultando antiguos textos para sus traducciones latinas, recogiendo plantas o insectos para sus estudios biológicos o tomando un trago de aguardiente aquí o más allá, en cualquier pulpería del camino, sin importarle la calidad del compañero, si ello le permitía lograr una información que le interesase para sus investigaciones, no

pocas desordenadas o incompletas, como desordenada y anárquica fue parte de su vida y como desordenado y anárquico era el mismo país en la hora en que le tocó vivirlo.

Y ante este drama nuestro aparece el interrogante que ya en 1865 se planteó Juan Vicente González.³⁸ ¿Qué hubiese sido de Bello si en vez de viajar a Chile, donde llegó a ejercer la rectoría espiritual del Continente, hubiese aceptado la invitación del Libertador y levantado hogar en su patria? Es imposible alterar la historia, ni siquiera mediante la novela o la ficción.

Esforzándonos, imaginaríamos a Bello oficial mayor de una secretaría de estado, repasando textos jurídicos, escribiendo pesados mensajes oficiales, introduciendo a las memorias ministeriales, redactando libritos didácticos, componiendo poesías de ocasión. Tenemos, reverso de Bello, a José Luis Ramos, que se agostó en esta tierra cuando la guerra soltó de sus cadenas las furias y vientos de desolación, que la devastaron. Al lado de Ramos, sobreviviéndole ¿el propio Juan Vicente González no esterilizó buena parte de sus notables condiciones humanísticas en la menuda polémica política y en el agrio campo de las invectivas personales?

No tuvo Venezuela un rector espiritual de la calidad de Bello, ni los venezolanos gozaron de una paz prolongada que fuese fruto de la disciplina y del deseo de engrandecimiento. Por eso Venezuela ofreció al mundo americano una teoría angustiosa de "inacabados". Don Luis Correa que fue miembro ilustre de esta Casa, la pintó en "Tierra Patrum". Correa, al revisar unos párrafos de León Daudet sobre escritores que no habían dado la obra que se esperaba de ellos, encontró que ya Juan Vicente González, al defender a Fermín Toro de los ataques de Justo Briceño y otros, había sembrado la semilla de esa tesis, la cual desarrolla y completa Correa. Unos se marchitaron porque aceptaron el elogio fácil; a otros se les cerró el camino por las dificultades y obstáculos que encontraron en el avance. ¿Cuántos prefirieron que les depositasen en el platillo de la balanza la dádiva, el ofrecimiento, la sinecura, la canonjía? Que para muchos fue más fácil el camino de

³⁸ *Pensamiento Político Venezolano del Siglo XIX*, Juan Vicente González, Ediciones de la Presidencia de la República, Tomo I, Págs. 478-482, "Meseniana del 24 de noviembre".

la lisonja que el de la lucha y otros aceptaron sacrificarse en aras del pasado antes que rasgar el velo del mañana.

Para realizar una obra serena, duradera, el hombre criollo se vio obligado muchas veces a emigrar con sus penates. Labor dura, admirable, ejemplar, la realizada por quienes se quedaron como Lisandro Alvarado. Porque permaneció en el país, don Lisandro peregrinó todos los rincones de esta tierra y en los altos de la jornada, allá en su casa de la calle de la Amargura, redactó una obra que asombra por su alta calidad. Mas, era él, aislado, quien así trabajaba en el silencio, recogiendo toda su experiencia de baquiano del mapa venezolano. Arcaya y Vallenilla Lanz, también discípulos del positivismo, nos dejan en sus obras prueba de lo que pudieran haber realizado si no los envuelve el tumulto de la política. Tulio Febres Cordero prefirió quedarse en el ovario de su alto valle, ajeno a la vida que se agitaba más allá de las murallas de su nativa Cordillera, aislado por el capullo de las neblinas. Francisco González Guñan entrega una crónica inmensa de parte del siglo pasado, ayuna de filosofía.

La vida, dentro de los muros de la propia casa, fue oscura, tal como la misma casa cuyas ventanas habían sido tapiadas; fue amarga, porque de sangre eran los frutos que en ella se recogían por obra de la violencia y de la injusticia. Aquel Vargas que bajo la égida bolivariana emprendió una obra luminosa, no la pudo concluir porque como otros muchos las furias desatadas aniquilaron su propósito cultural. Cecilio Acosta, tan bien dotado intelectualmente ¿no pasa como una pálida sombra? Cuántos se quedaron en la casa, en el ambiente enrarecido que les rodeaba, actores y testigos en el drama de la Patria, aprovecharon retazos de silencio para exponer sus mensajes incompletos.

En verdad, la Venezuela peregrina ha dado frutos de excepción. La pasión venezolana que en la dispersión animó a sus hijos, se condensó en un conjunto de obras que son cimera manifestación del sentimiento de nacionalidad que los animaba. Nos asomamos aun con profundo interés a los ensayos de interpretación del destino venezolano, tema central en las páginas que Zumeta escribió en su destierro, y es de capital importancia, todavía de obligada consulta, la producción de Gil Fortoul, lograda casi íntegramente fuera del país, porque cuando se

reintegra en 1909 al campamento de la política local de su tiempo, en Gil Fortoul se aflojan las antiguas tensiones creadoras.

Con la obra realizada en Europa en la primera mitad de este siglo por dos grandes venezolanos, se magnífica nuestro gentilicio: Rufino Blanco Fombona y Caracciolo Parra Pérez.

Y ahí debo evocar a Rufino Blanco Fombona con su estilo violento y audaz, cual su propio modo de ser. Es uno de los artífices del modernismo y Rubén Darío saludó su obra. Es un artista; pero Cellini tropical, hombre que busca su vida dentro de peculiares normas éticas, con plena libertad interior.

Destejó época y caminos. Tuvo la ardentía de los capitanes conquistadores y galanteos del cortesano. Rompió por los senderos inéditos y se fue por los bosques, tras las huellas de los caciques, en demanda de la tierra de los dioses. Criollo de pura cepa desafió la audacia entre cantares. Por todas partes llevó encajada la espina de su pasión venezolana hacia un alba espléndida.

A ese amor intenso por su tierra quiso ponerle grímpolas de luz y, en su destierro de Madrid, maduró títulos que ilustrarían la Historia americana. Tarea gigante, de divulgación sistemática de nuestros anales patrios y de las glorias bolivarianas que al decir de Pedro Emilio Coll "no hubiera hecho mejor un senado de historiadores".³⁹

Ahora Blanco Fombona es una sombra también. Se deshicieron sus antiguas quimeras. Lo mejor de su "dezir" es tan sólo recuerdo de clamorosas pasiones. En la urna del pasado están guardadas sus iras. Queda, en cambio, su obra, su pasión venezolana. En la polémica tuvo coraje, puso la flecha en sus frases felices, en los lapidarios conceptos, en el gesto bizarro de la estirpe.

En Caracciolo Parra Pérez las raíces del ideal venezolano engendran renuevos de esperanzas. En su obra monumental florece un sentido de la Historia más próximo a nuestro anhelo. La voz del tiempo se vuelve, en el presente, eco modificado. ¿Cuál es el sentido de nuestra marcha? ¿Hacia dónde caminamos entre

³⁹ Coll, Pedro Emilio: Prólogo de *Dos años y medio de inquietud* de Rufino Blanco Bombona, Ediciones Impresores Unidos, Caracas, 1942, Págs. XI y XII

sobresaltos y batallas? ¿Cuáles son los presagios? Para Caracciolo Parra Pérez nuestra historia tiene un signo: "es el combate uniforme, pero esperanzado y pertinaz por la conquista de la libertad".

Mejor que muchos, Parra Pérez estaba en capacidad de descifrar los interrogantes del destino histórico nacional, porque nada faltó a su conocimiento, ni escapó a su experiencia vital. No solo por el hecho de haber entregado lustros de su vida a la investigación y análisis de los grandes acontecimientos del pasado republicano, sino porque ya en el plano de actor principalísimo de una etapa de nuestra vida pública pudo conocer en su entraña la realidad del poder en Venezuela y sufrió en carne propia las grandezas y dolores de nuestro vivir político, inestable, tornadizo, implacable. En los cortos años de su permanencia en el país fue Canciller realmente ilustre, ocupó la silla de los Presidentes y pocos días más tarde vio arder en noche de pesadilla, años de trabajo, las páginas que formaban los originales de una de sus obras, convertidas en hoguera por la pasión política. Sin decir una palabra de reclamo, o de reproche, comprendiendo que ese era, había sido y es uno de los riesgos de ser venezolano, reconstruyó con amor infinito su obra y años más tarde la entregó a Venezuela como un homenaje a la patria a la que quería como ella era.

Parra Pérez fue un río apacible, sin ese sentimiento de la fuerza vital que desbordaba, a veces, en Blanco Fombona. Ambos tan dispares en el carácter, tan diferentes en el estilo, cumplieron una ejemplar misión venezolana ya que en tierras extrañas se consagraron por entero a estudiar y exhibir —y aun a rectificar— la historia de nuestro país, la vida de sus grandes hombres.

No son Venezuelas antagónicas la de los desterrados y la de los inacabados, sino complementarias, aspectos de un mismo drama. Si en el sosiego y la libertad de otras naciones unos cuajaron, en los que aquí se quedaron la herencia se aumentó a riesgo de la vida en el grito del que reclamó Justicia.

Del fuego de la contienda civil fue surgiendo una Venezuela expectante, casi desesperada frente a interrogantes primarios. ¿Por qué somos un pueblo que esteriliza su propio sacrificio en el altar de los odios? ¿Por qué vamos a vivir permanentemente inclinados ante la discordia y la pasión? En la búsqueda de una

respuesta fiel o en la evocación del ayer que nos turbaba con sus deslumbramientos, lograron obra perdurable los Bello, los Baralt, los García de Quevedo, los Seijas, López Méndez, el Gil Fortoul que concluye en Berlín su gran obra de interpretación y creación con la "Historia Constitucional", Pío Gil, Zumeta, Rufino Blanco Fombona, Caracciolo Parra Pérez. . .

En la diáspora encontró Israel el acento grávido de emoción o de ternura, pleno de futuro, de sus grandes profetas. En la Venezuela peregrina florecía en los vivaques el fuego criollo. En aquella que permaneció junto a los muros del templo se acendró igualmente una conciencia fáustica que dio cuanto pudo dentro de las limitaciones que a unos y a otros impuso su peculiar circunstancia vital.

En todos esos hombres, en una u otra forma, el tema venezolano es el preferido, pues buscan, dentro o fuera del país, razones que expliquen el proceso social y por cuáles motivos semejante proceso ha seguido determinados rumbos y no otros. Hacia la Historia deriva la mayoría de estos letrados en sus angustiosas expectativas. ¿No podrían aislarse en determinadas situaciones del pasado las causas que le imprimen a nuestro desarrollo un signo peculiar?

No hay hiatos entre las distintas Venezuelas que, como los sellos cuneiformes sobre las tablillas, han dejado su impronta a través del tiempo en las distintas generaciones. En la contrastación de los mensajes de una y otra, está la clave para el entendimiento colectivo, para cimentar esa fe nacional sin la cual las comunidades se disuelven.

Cuando la divinidad reveló a Moisés su nombre, el legislador de Israel apenas logró contemplarle las espaldas. El rostro estaba vuelto hacia Occidente. De la vida de los pueblos conocemos el pasado y el momento vivido. En el mañana está el secreto de la vida, el insondable misterio que envuelve la esperanza humana. Nuestros antecesores lo entrevieron. A nosotros, como nación, nos toca ganarlo, venciendo las antinomias en que nos hemos debatido.